

nerales enemigos, los que ya desde luego se figuraban que la abdicación no era más que una treta, y los que al ver realizadas sus sospechas se vengarían quizás sobre París de la nueva batalla que les obligasen á trabar. «¿Por qué razón, dijo con dureza al general Beker, os habéis encargado de semejante mensaje? ¿Acaso no sabéis la situación en que nos hallamos? Leed los informes de los generales (y al pronunciar estas palabras puso sobre la mesa un paquete de cartas), leedlos y veréis que las tropas llegan en gran desorden, que no pueden hacer nada contra el enemigo, y que no nos queda otro recurso que conseguir un armisticio. Napoleón no cambiaría en lo más mínimo el estado de las cosas. Su nueva aparición al frente del ejército nos proporcionaría un desastre más y la ruina de París. Que se marche, porque nos piden su persona, y pasadas algunas horas no podremos responder de su seguridad.» Ninguno de los colegas de Mr. Fouché añadió una palabra á las que acababa de pronunciar. Preguntando después al general quiénes eran los que se hallaban en la Malmaison, y sabiendo que entre los que habitaban este palacio se hallaba Mr. de Bassano, manifestó que conocía bien de dónde había partido la idea, y escribió una esquela á este último personaje repitiéndole que habría un gran peligro en retener á Napoleón tan siquiera una hora más.

El general Beker volvió á la Malmaison á toda prisa, encontró á Napoleón con el uniforme, con sus ayudantes de campo preparados, y no aguardando más que la respuesta de su mensaje para montar á caballo.

Aunque no sorprendió á Napoleón el resultado de su solicitud, se afligió con extremo y hasta llegó á irritarse por un instante; pero no tardó en resignarse al ver que ni tan siquiera querían aceptar de él el último servicio que ofrecía, por más que fuese cierto y grande este servicio, y se acordó de la oposición de sus mariscales en 1814, cuando podía anonadar á los aliados dispersos en París. Era la segunda vez en quince meses que, al mismo tiempo que la fortuna le proporcionaba una ocasión para destruir al enemigo, se negaban á escucharle, bien fuera por la duda ó por la irritación que inspiraba. Por la segunda vez recogía el triste premio de la fatiga, del disgusto, si así puede decirse, que había causado al mundo con su genio!

Desde entonces sólo pensó en su marcha. Ya había escogido á sus compañeros de destierro, el general Bertrand, el duque de Rovigo y el general Gourgaud. Drouot hubiera querido también acompañarle, pero habiendo sido juzgado como el único que podría mandar la guardia imperial cuando Napoleón hubiese partido, se vió obligado á aceptar este mando. El mismo Napoleón se lo había prescrito. Sentía la ausencia de Drouot decía, porque nunca había conocido un corazón más noble que el suyo, un talento que le aventajase, pero no desesperaba de verle en América, lo mismo que al conde Lavallette y algunos otros con los que contaba. Su madre, sus hermanos, la reina Hortensia, debían ir á reunirse con él. Terminados todos sus preparativos, se decidió á partir al anochechar. Apenas había pensado en procurarse recursos pecuniarios, y confió á Mr. Laffite cuatro millones en oro que por casualidad se hallaron en un furgón del ejército. La reina Hortensia quiso que aceptase un collar de diamantes, para que

tuviese siempre á la mano un recurso fácil de ocultar. Napoleón se negó al pronto á admitirlo, pero como insistiese llorando la reina, le permitió que ocultase el regalo entre sus ropas, y besando á su madre, abrazando á sus hermanos, á la reina Hortensia, á sus generales, subió en el carruaje á las cinco (29 de junio de 1815) en medio de las lágrimas que hasta los soldados derramaban en presencia de aquella triste escena, y se dirigió hacia Rambouillet evitando á París, París adonde no debía volver sino veinticinco años después, en un carro fúnebre, para ser sepultado en los Inválidos, traído por un rey de la casa de Orleans que tampoco reside en las Tullerías en el momento en que acabo esta historia: de tal manera y con tanta presteza se suceden los habitantes de este temible palacio en el borrascoso siglo en que vivimos!

Al mismo tiempo que abandonaba esta Francia, en donde tan corta y tan funesta había sido su última aparición, un mensaje anunciaba su partida á la comisión ejecutiva y á las dos cámaras. En la de los representantes, en la que ya no se dudaba respecto de lo que debía esperarse de la abdicación, siguió un estremecimiento doloroso á la lectura del mensaje, y comprendieron bien sus miembros que Napoleón partía para siempre y que no tardarían en participar de su suerte, estando destinados los unos al olvido y al destierro, los otros al último suplicio!

Desembarazado Mr. Fouché de este incómodo vecino, reanudó con más actividad que nunca las comunicaciones que él convertía en intrigas, en vez de entablar una grande y leal negociación, primero en beneficio de la Francia y después en el de los hombres comprometidos en las diversas revoluciones del país. Se proponía un doble fin, tratar con Luis XVIII y los jefes de la coalición bajo las mejores condiciones posibles, y como para esto necesitaba tiempo, conseguir un armisticio que le proporcionase todo el preciso para parlamentar. No bastándole la cooperación de Mr. de Vitrolles, encargado de negociar con los realistas, del general Tromelin, encargado de establecer sus relaciones con el duque de Wellington, eligió un nuevo agente destinado igualmente á entenderse con el generalísimo británico. Este nuevo agente era un italiano muy activo llamado Macirone, que siendo romano se había convertido primero en napolitano, después en inglés, y que había servido de intérprete á Murat cuando éste se adhirió á la coalición.

Presente en París después de la catástrofe de Murat, y conocido de Mr. Fouché, era un agente á propósito para ser enviado al campamento de los ingleses á través de las avanzadas enemigas, y Mr. Fouché le envió con efecto para saber á punto fijo qué era lo que el duque de Wellington pensaba desde el doble punto de vista del gobierno de la Francia y del armisticio. Al mismo tiempo comunicó por todas las vías á los negociadores del armisticio la partida de Napoleón para probar que su abdicación no era simulada, y para que no se hiciese depender el éxito de las negociaciones de la entrega de su persona á los ejércitos enemigos.

Nuestros lectores saben que los primeros enviados, después de conferenciar en el camino de Laón con los oficiales prusianos, se dirigieron hacia el Rhin para tratar de la paz con los mismos soberanos. Los segun-

dos acudieron al cuartel general de los generales inglés y prusiano para negociar el armisticio. Estos últimos eran los que tenían que desempeñar la misión esencial, la de contener al enemigo que avanzaba hacia París. La cuestión iba, pues, á ser tratada por completo en el campamento del duque de Wellington. Con efecto, el mariscal Blücher, patriota sincero y ardiente, guerrero heroico, pero violento hasta más no poder, no poseía ni el secreto ni la confianza de la coalición, y aun cuando hubiese decidido la victoria en Waterloo con su infatigable adhesión á la causa común, carecía de la importancia que en general se confiere, más que á la misma gloria al buen sentido. No era, pues, á él, aun cuando fuese el más próximo, á quien debían dirigirse, sino al duque de Wellington. Los comisarios encargados de negociar el armisticio, Mr. Boissy d'Anglès, Mr. de Flaugergues, Mr. de La Besnardiere y los generales Andreossy y Valence, se dirigieron desde luego hacia las avanzadas, que eran exclusivamente prusianas, puesto que el ejército inglés estaba retrasado, y fueron acogidos con mucha finura por Mr. de Nostiz, quien los condujo de puestos en puestos sin poder encontrar al general Blücher, bien porque no estuviese dispuesto á recibirlos ó bien porque no fuese fácil dar con él. Después de varias idas y venidas, les aconsejó Mr. de Nostiz que fuesen á avistarse con el duque de Wellington, quien podría oírles con más utilidad que el general prusiano. El general inglés se hallaba en Gonesse y los comisarios se dirigieron á este punto para hablar con él, en lo que obraron cuerdamente, porque allí era donde se encontraba la única cabeza capaz de dirigir una revolución que por desdicha de la Francia iba á ser la segunda que llevasen á cabo los extranjeros.

Afortunadamente, si puede pronunciarse esta palabra cuando un país está á merced del enemigo, afortunadamente el duque de Wellington si carecía de genio tenía buen sentido, penetrante y firme en tal manera, que desde este punto de vista no puede temer el general británico el paralelo con ningún personaje histórico. Sin su gran dosis de vanidad, harto disculpable, por lo demás, en su situación, hubiera podido decirse de él que no tenía ninguna debilidad. A su gloria militar singularmente engrandecida después de los últimos sucesos, reunía la reputación de poseer un talento político al que podía confiarse todo. En los pocos días que estuvo en Viena se granjeó la confianza general, y habiendo sido embajador en París durante medio año, adquirió sobre Luis XVIII y el partido realista todo el ascendiente que se puede adquirir sobre gentes de pocas luces y de muchas pasiones. Juzgaba favorablemente á Luis XVIII, opinaba que era preciso volver á colocarle en el trono para el reposo de la Francia y de la Europa, rodeándole de personas mejores que las que constituían su cohorte y haciéndole oír útiles consejos. Apreciando como inglés lo que había sucedido en Francia en 1814, pensó y dijo que con la Carta de Luis XVIII se podía proporcionar á un país la libertad y la prosperidad, y que no había faltado á esta Carta más que ser convenientemente practicada. Para el duque de Wellington, á quien ilustraba la experiencia de su nación, la práctica hubiera consistido en la elección de un ministerio homogéneo, bien dirigido, independiente del rey y de los príncipes, recibiendo la influen-

cia de las cámaras y sabiendo á su vez conducirlos.

Nada de esto había visto en el ministerio de 1814, compuesto de un gran señor, hombre de ingenio, perezoso, ausente (Mr. de Talleyrand estaba entonces en Viena); de un favorito, Mr. de Blacas, personaje incoloro, seco y que apenas salía de la intimidad del rey, y por fin de algunos hombres especiales, sin relación los unos con los otros, y todos dominados por un consejo real en el que se agitaban príncipes rivales y poco acordes. Por esta razón el duque de Wellington no cesó de escribir á Londres y á Viena que lo que faltaba á Luis XVIII era un ministerio que tuviese la unidad necesaria para gobernar. Establecido cerca de Gante en los meses de abril y mayo, procuró que sus opiniones llegasen á oídos de la corte éxpatriada. Sólo había una objeción que oponer á este modo de juzgar la situación, tal es la de que si el remedio propuesto era bueno, consintiesen en aplicarlo aquellos á quienes iba dirigido. Ahora bien: Luis XVIII hubiera quizá soportado un verdadero ministerio para desembarazarse de los príncipes de su familia y de la emigración, pero estos príncipes y esta emigración no lo hubieran querido á ningún precio. Sin embargo, no era posible rechazar absolutamente los consejos de un hombre como el duque de Wellington, y los que rodeaban á Luis XVIII en Gante, queriendo acceder á estos consejos, á lo menos en la apariencia, convinieron en que el ministerio había carecido de unidad. ¿Y á quién culpar en este caso? Obrando con justicia, á todo el mundo; pero en cada época hay necesidad de que haya una víctima á quien sobrecargar con las culpas de todos, y frecuentemente con las ajenas más que con las propias. La situación indicó y proporcionó esta víctima en Mr. de Blacas. Este personaje, del que ya hemos tenido ocasión de hablar, no carecía de ingenio ni de buen sentido, y era además un hombre de recto corazón; pero le había cabido la desgracia de pasar plaza de favorito del rey, y favorito áspero y altanero.

Es verdad que aunque abrigase en su corazón las pasiones de un emigrado, nunca había inspirado ni apoyado las torpezas de la emigración, porque obedecía las voluntades de Luis XVIII y este rey no se inclinaba á cometerlas. En muchas ocasiones hasta se había resistido á los príncipes y especialmente al conde de Artois, y si se quería un culpable que expiase en buena justicia los errores de los emigrados, no era él seguramente la persona que debían escoger. Pero odioso al partido liberal por sus opiniones conocidas, odioso al partido de los príncipes porque era el representante particular de Luis XVIII, fué designado por todos como víctima expiatoria, y desde su salida de París se desencadenaron contra él de todas partes. Aceptando la máxima de lord Wellington, conviniendo con él en que era necesario un ministerio que tuviese unidad, añadían que no podría existir tal como lo deseaban con el favorito que dominaba al rey y al ministerio, y en Gante lo decían, lo mismo los amigos exaltados del conde de Artois, que los moderados que querían ver en el gobierno una dirección más liberal; de modo que Mr. de Blacas estaba, por motivos absolutamente contrarios, destinado por todos al odio general. Las cosas llegaron á tal punto, que hasta en Gante, cuando todos sufrían el destierro, se escribieron folletos violentos



contra su persona. Hay en ciertos instantes nombres que la multitud persigue maquinalmente con su odio, y se vería apurada para contestar si le preguntasen los motivos que tiene para ello. En este caso se hallaba entonces Mr. de Blacas en el seno del partido realista.

Estas injusticias convenían á un hombre que sin cometerlas se aprovechaba de ellas. Este hombre era Mr. de Talleyrand, quien se atribuía para con la corte de Gante el mérito de todo lo que se había hecho en Viena, es decir, de las resoluciones que con tanta presteza se habían tomado contra Napoleón y que habían producido su segunda derrota. Estas medidas fueron más bien efecto de las pasiones que reinaban en Viena que no de la influencia de Mr. de Talleyrand; pero los emigrados de Gante, ignorando lo que pasaba en el congreso, no juzgaban más que los resultados exteriores, y habiendo visto partir de Viena el rayo, atribuyeron á Mr. de Talleyrand que se encontraba entonces en esta capital, la fuerza que lo había lanzado.

Nadie le negaba, pues, esta importancia, y como el odio se dirigía en aquellos momentos, no contra él, que había estado ausente todo el año, sino contra Mr. de Blacas, que no se había separado un instante del rey, Mr. de Talleyrand gozaba de la fama de haber salvado todo lo que Mr. de Blacas había perdido. Mr. de Talleyrand, que veía con disgusto entre él y el rey á un personaje cuya mediación era preciso soportar y de cuya presencia no le desagradaba deshacerse, unió su voz á todas las demás que se elevaban contra Mr. de Blacas, y los emigrados mismos, contentos al ver su asentimiento, le recompensaban glorificando sus servicios. Así pues, se estableció una especie de concurso extraño de todas las influencias contra Mr. de Blacas, como si hubiese sido la única causa de todos los males, en los que por lo demás no había tenido la menor parte. Al mismo tiempo se formó un conjunto de ideas al que cada cual contribuyó como mejor pudo. Mientras que el duque de Wellington, razonando como un inglés, decía que los realistas habían carecido de un ministerio homogéneo, lo que era completamente cierto, los hombres juiciosos de la emigración de Gante, tales como Mr. Louis, Mr. Jaucourt, etc., decían que esto no había sido todo; que si era preciso alejar á los favoritos, también había necesidad de alejar á los príncipes, tranquilizar á los poseedores de bienes nacionales sumamente alarmados, asegurar á los campesinos que no volvería á imponérseles ni los diezmos ni los derechos feudales, y procurar en cuanto fuera posible separar la causa de los Borbones de la de las potencias extranjeras. Los emigrados no oponían ninguna objeción á estas teorías, pero añadían que era preciso del mismo modo devolver la seguridad á las gentes honradas, y para conseguir este resultado, castigar de una manera ejemplar á los culpables que con sus tramas habían acarreado la segunda derrota de la monarquía. En su concepto, la seguridad del trono estaba tan interesada como su dignidad en esta cuestión. Como se ve, no era posible ni lo fué nunca separar de su mente la idea de que había existido una inmensa conspiración, en la que con los jefes del ejército habían tomado parte una porción de personajes civiles que, poniéndose en comunicación con la isla de Elba, habían preparado la catástrofe del 20 de marzo. Lejos de reconocer sus

torpezas en esta catástrofe, no veían en ella más que el crimen de los hombres que inspiraban su odio, y convencerlos de lo contrario, es decir, de la verdad, era tanto más difícil, cuanto que profesaban este error los hombres juiciosos de la corte de Gante y hasta los más políticos de la coalición, tales como el príncipe de Metternich, los condes de Nesselrode y Pozzo di Borgo y el duque de Wellington. De este concurso de ideas, las unas ciertas, las otras falsas, resultaba una especie de programa, consistente en decir que era menester al volver á Francia formar un ministerio *uno*, garantizar los intereses alarmados y castigar á algunos de los que calificaban de grandes culpables. Casi todas estas condiciones parecían implícitamente comprendidas en el alejamiento de Mr. de Blacas y en la elevación de Mr. de Talleyrand al puesto de principal ministro.

No ofreceríamos á nuestros lectores una idea completa del espíritu de la corte desterrada si no añadiéramos que reinaba en su seno un singular favor para con el duque de Otranto. Al paso que se atribuía á Mr. de Talleyrand el mérito de haber inspirado y dirigido las resoluciones emanadas de Viena, se atribuía á Mr. de Fouché el haber inspirado y dirigido los sucesos acaecidos en París. En Viena se había reorganizado la coalición que acababa de vencer á Napoleón en Waterloo; pero en París se había tramado la intriga que, obligando á Napoleón á presentar su segunda abdicación, había consumado su ruina. Las cartas de Mr. de Vitrolles y en general los informes de los diversos agentes realistas estaban conformes en atribuir exclusivamente á Mr. Fouché el mérito de esta intriga, y los realistas ardientes que le habían tomado afecto antes del 20 de marzo, decían que no se habían equivocado al designar en él el hombre capaz de haberlos salvado del peligro, porque era el que con su talento y sus recursos les proporcionaba entonces la salvación que anteriormente no habían encontrado.

Las personas moderadas no refutaban este aserto, y entre todos formaban un coro de alabanzas en favor del regicida que acababa de hacer traición á Napoleón, á quien detestaba, en interés de los Borbones, á los que no profesaba afecto, pero á los que temía poco, figurándose con su ordinaria fatuidad que los dominaría como á unos niños grandes. Si se hubiera pedido á los emigrados de Gante que aceptasen á un hombre honrado cualquiera, conocido por su amor juicioso y moderado á la libertad, sólo se hubiera conseguido disgustarlos; pero adherirse á un intrigante reputado de hombre hábil, les parecía el colmo de la sagacidad. Descubriendo en la revolución francesa, no grandiosas y saludables ideas que necesitaban separarse de un caos de ideas locas, sino un verdadero desencadenamiento de las potencias del infierno, que era preciso reprimir, habían menester, no de un hombre ilustrado que supiese entresacar las ideas buenas de las malas, sino de una especie de mágico infernal, aun cuando estuviese manchado con la sangre real, que pudiese contener á estas potencias desencadenadas, y Mr. Fouché era para ellos este mágico infernal. En realidad no era más que un intrigante ligero, presuntuoso, activo, pero aunque hubiera sido un malvado no por eso hubiera dejado de convenir á sus aspiraciones, y las per-

sonas que abrigaban estas ideas eran honradas. A tal extremo lleva la falta de luces, que conduce hasta el borde del abismo á las almas que si pudieran descubrirle se alejarían de él horrorizadas.

Con todo, el tranquilo Luis XVIII no intervenía para nada en estas agitaciones, no se prestaba en lo más mínimo á semejantes injusticias, ni participaba de los entusiasmos de sus prosélitos. Mr. de Blacas no le parecía el hombre que había perdido cuanto sus enemigos le achacaban, como tampoco creía ver en Mr. de Talleyrand y en Mr. Fouché á sus salvadores. No creía deber su restablecimiento sobre el trono, que ya tenía por cierto, ni á las declaraciones de Viena, ni á las intrigas de París, ni tan siquiera á la batalla de Waterloo, sino á su descendencia de Enrique IV y de Luis XIV. Sin embargo, con su habitual criterio concedía algún mérito al que había vencido á Napoleón en Waterloo, hacía bastante caso de él, le agradecía sus benévolas disposiciones y se hallaba dispuesto á escuchar sus consejos hasta cierto punto. El duque de Wellington le había aconsejado con insistencia que formase un ministerio homogéneo, *uno*, como se decía entonces; que se desentendiese de la influencia de los emigrados y de los príncipes; que confiriase la principal autoridad á Mr. de Talleyrand, y que se alejase de Mr. de Blacas, no porque éste fuese culpable, sino porque era objeto de una repulsión universal. Luis XVIII consideró sumamente juiciosos estos consejos, pero el de deshacerse de Mr. de Blacas le disgustaba con extremo. El *favoritismo* no era en Luis XVIII otra cosa que una costumbre. Se había acostumbrado á ver siempre á su lado á Mr. de Blacas, estimaba sus principios, su rectitud, su talento, no le atribuía ninguna culpa real y tenía bastante penetración para comprender que los amigos del conde de Artois perseguían en el supuesto favorito al amigo leal del rey. Este motivo era suficiente para que apreciase á Mr. de Blacas y no se privase voluntariamente de sus servicios, razón por la cual pareció obstinarse en conservarle.

Mr. de Talleyrand salió de Viena con dirección á Bruselas cuando los soberanos y sus ministros abandonaban el congreso para ponerse al frente de sus ejércitos. Al partir de Viena demostró una gran repugnancia al poder, y declaró ostensiblemente que si no le desembarazaban de los emigrados, no continuaría siendo ministro de Luis XVIII, conducta que los miembros de la coalición, muy predispuestos á condenar los actos de la emigración, aprobaron muchísimo. La mayor parte de ellos hasta escribieron á Gante que era preciso contentar á Mr. de Talleyrand y seguir sus consejos al pie de la letra. Este célebre hombre político se detuvo en Bruselas, y antes de trasladarse á la residencia del rey especificó las condiciones bajo las cuales parecían todos estar de acuerdo: ministerio *uno*, alejamiento de las influencias de la corte, declaraciones que tranquilizasen los intereses alarmados, castigo de los que habían tomado parte en la supuesta conspiración bonapartista y gran cuidado de separar la causa real de la del extranjero. Respecto de este último particular ideó Mr. de Talleyrand una extraña combinación: tal era la de que Luis XVIII saliese de Gante con su corte, se fuese á Suiza y entrase en Francia por el Este, mientras que los soberanos victoriosos entraban por el Norte. Des-

pués de indicar estas condiciones permaneció Mr. de Talleyrand en Bruselas aguardando á que fuesen aceptadas.

Tal era la situación de las cosas en el momento en que el duque de Wellington, teniendo noticia de la abdicación de Napoleón, precipitó su marcha hacia París detrás de los prusianos. Con su gran criterio adivinó inmediatamente lo que convenía hacer. La lucha entre Luis XVIII y Mr. de Talleyrand le pareció enfadosa, y aconsejó al primero que accediese á todas las condiciones del segundo, excepto á una, la de su entrada en Francia por la frontera del Este. Creía por el contrario que era necesario que Luis XVIII se presentase cuanto antes en París, para poner término á las divagaciones de los ánimos; que promulgase al mismo tiempo una declaración de las más claras, de las más positivas, en la que consignando que la última guerra había sido motivada por Napoleón y no por los Borbones, anunciase que acudía por segunda vez á interponerse entre la Europa y la Francia para pacificarlas, y en la que tranquilizase á los poseedores de bienes nacionales, prometiese la formación de un ministerio homogéneo é independiente, la próxima reunión de las cámaras, por fin el castigo de los culpables reducido á los verdaderos autores de la conspiración que había colocado nuevamente á Napoleón en el trono de Francia. Por otra parte, lord Wellington pidió á Mr. de Talleyrand que se contentase con estas concesiones, que se reuniese á Luis XVIII lo más pronto posible y que penetrase en Francia por la frontera más cercana, la del Norte, y no por la del Este, que estaba demasiado lejos.

Después de dar estos consejos con toda la autoridad que le consentía su posición de vencedor de Waterloo, partió el duque de Wellington para ponerse al frente de su ejército. Al llegar cerca de París procuró hacer entrar en razón á Blücher, lo mismo que acababa de intentar con los Borbones y los emigrados. Le habían dicho que Blücher quería apoderarse de la persona de Napoleón, y como se decía entonces, *privar al mundo de su presencia*. El duque de Wellington le dirigió inmediatamente una carta, que será para la posteridad uno de sus mayores títulos de gloria. «La persona de Napoleón, le escribió en substancia, no pertenece ni á vos ni á mí, sino á nuestros soberanos, que dispondrán de él en nombre de la Europa. Si por acaso necesitan un verdugo, yo les rogaré que no me elijan, que busquen á cualquier otro, y os aconsejo por vuestra reputación que sigáis mi ejemplo.» La partida de Napoleón, que aún ignoraba, iba por lo demás á hacer desaparecer cualquiera dificultad que sobre este particular se suscitase. El duque de Wellington se ocupó en seguida de combinar con Blücher el sistema de operaciones militares que deberían ejecutar al pie de los muros de París. Los ejércitos inglés y prusiano no habían podido llevar hacia la capital más que unos ciento veinte mil hombres, por más que al entrar en campaña contasen con doscientos veinte mil, lo que probaba cuánto les había costado su reciente triunfo. Estas tropas formaban una larga columna cuyo frente se hallaba cerca de París y su retaguardia en la frontera. No estando allí Napoleón para aprovecharse de esta imprudente marcha, el peligro que corrían no era grande; por lo demás, esta mala disposición se enmendaba de hora en hora con el es-



fuerzo que hacían los ingleses para juntarse con los prusianos. Pero ciento veinte mil hombres para vencer al ejército francés apoyado en la capital era poca cosa. La orilla derecha del Sena, la que primero se presentaba, estaba fuertemente atrincherada; la de la izquierda no tanto, pero necesitaban pasar el río para acudir á intentar al opuesto lado una difícil operación. Las tropas que defendían la capital debían por lo menos formar una masa de noventa mil hombres, sesenta mil procedentes del ejército de Flandes y los demás soldados de los depósitos, marinos, confederados y alumnos de las escuelas. Era, pues, una singular temeridad pretender apoderarse de París á viva fuerza, y era mucho mejor negociar militar y políticamente. De este modo conseguían la doble ventaja de no comprometer el triunfo de Waterloo y de no exacerbar la profunda irritación de los franceses. El duque de Wellington no pudo menos de pensar así al primer golpe de vista, pero el mariscal Blücher no opinaba del mismo modo. Quería, como en 1814, tener en 1815 el honor de entrar el primero en París y la ventaja de imponer á sus habitantes crecidas contribuciones para su ejército, y aún quizás obrar de peor manera si le obligaban á combatir. Afortunadamente la autoridad del general prusiano estaba lejos de igualar á la del general británico.

Estas eran las disposiciones que dominaban en Gante y en el cuartel general, cuando los enviados franceses hablaron con el duque de Wellington á pocas leguas de París el 29 de Junio por la mañana. El general inglés los acogió con mucha finura, pero dejando ver que sus voluntades eran formales y decididas. Al pronto pareció dudar de la sinceridad de la abdicación de Napoleón, y pidió su persona, de la cual solamente dispondría la Europa, lo que significaba que no podía tener lugar un acto de barbarie, toda vez que los soberanos coligados debían deliberar en común; pero al decirle los negociadores que á aquella hora habría ya partido Napoleón para Rochefort, les respondió, que detrás de él quedaba su partido, partido violento y con el cual ni la Francia ni la Europa podrían esperar reposo. Sin dejar de repetir que la Europa no quería mezclarse en la elección del gobierno interior de la Francia, aconsejó, bajo la forma de un consejo amistoso, pero muy positivo, que aceptasen de nuevo á los Borbones. Por su parte los representantes de la comisión ejecutiva, recordando que la Europa había prometido no violentar á la Francia en la elección de su gobierno, se mostraron poco contrarios al regreso de los Borbones, algunos hasta enteramente favorables; pero admitido en principio el regreso, se extendieron bastante sobre las condiciones preliminares. Respecto de este particular, respondió el duque de Wellington que era preciso no hacer sufrir á un rey la humillación de pasar por condiciones impuestas; que debían fiarse en la eficacia de la Carta de 1814; que con esta Carta podían ser libres si sabían servirse de ella; que lo que había faltado el año precedente había sido un ministerio *uno é independiente*; que Luis XVIII había prometido formalmente nombrarle, y que sobre lo demás obtendrían del monarca todas las satisfacciones razonablemente apetecibles.

Mr. de Flaugergues, hombre de talento, de opiniones liberales muy pronunciadas, replicó que dudaba de que pudiesen inducir á las cámaras á aceptar á los Bor-

bones sin condiciones, é insistió en que se introdujese un cambio en la Carta, cambio vivamente deseado entonces y relativo á la iniciativa de las cámaras. La Carta de 1814 había rodeado esta iniciativa de grandísimas precauciones, y en aquella época se creía que la influencia de las cámaras consistía en la coparticipación de la iniciativa legislativa con la corona, porque todavía no había eseñado la experiencia que esta influencia sólo la ejerce verdaderamente un ministerio procedente del seno de la mayoría, y que cuando las cámaras tienen la facultad de elevar un ministerio semejante al poder, han conquistado no sólo la iniciativa, sino el gobierno entero, por lo menos hasta el límite en que pueden ejercerlo sin peligro. En la ignorancia en que se estaba entonces de esta verdad, se deseaba la iniciativa con una tenacidad pueril, pero universal. Lord Wellington prometió solicitar esta concesión de la parte de Luis XVIII, y aplazó las negociaciones hasta el siguiente día. Antes de separarse le preguntaron si tendría probabilidad de ser acogido por los soberanos coligados algún príncipe de la casa de Borbón que no fuese Luis XVIII (sin nombrarlo se designaba al duque de Orleans), y el duque les respondió que lo pensaría y que se explicaría sobre esta cuestión en una de las próximas entrevistas.

El generalísimo británico empleó el resto del día en cuidar de sus tropas, en ver y hablar al mariscal Blücher para inculcarle sus ideas, y por la noche ó al día siguiente conferenció de nuevo con los enviados de la comisión ejecutiva. En el intervalo de tiempo que transcurrió, supieron estos últimos de cierto la marcha de Napoleón, y el duque de Wellington, por su parte, había recibido noticias sumamente importantes de la corte de Gante. Habiéndose apoderado los guardias ingleses de la plaza de Cambray, Luis XVIII entró en ella acompañado de Mr. de Talleyrand, y dió con la fecha del 28 de junio, la declaración llamada *de Cambray*, que era la declaración de Saint-Ouén de la segunda restauración. En este documento decía Luis XVIII que *habiéndose abierto ante él una puerta de su reino*, acudía para colocarse otra vez entre la Europa y la Francia; que sólo de este modo *quería tomar parte en la guerra*, porque había prohibido á los príncipes de su familia que *se presentasen en las filas de los extranjeros*; que al entrar por la primera vez en Francia había encontrado las pasiones vivamente excitadas; que había procurado calmarlas tomando entre ellas la posición de un mediador y de un árbitro; que en medio de las dificultades de todos géneros, su gobierno no *había podido menos de cometer alguna torpeza*, pero que la experiencia no dejaría de ser aprovechada en lo sucesivo; que había dado la Carta y se proponía mantenerla, *añadiendo cuantas garantías pudiesen asegurar el beneficio de su promulgación*; que *la mayor que podía ofrecer era la unidad del ministerio*; que cuanto se había dicho respecto de intenciones de establecer de nuevo los diezmos y los derechos feudales, de atentados á la irrevocabilidad de las ventas de los bienes nacionales, eran indignas calumnias inventadas por el *enemigo común*, para aprovecharse de ellas, y que bastaba la lectura de la Carta para adquirir la certidumbre de que nada de esto era de temer; por fin, que al volver al seno de sus súbditos, de los que tantas pruebas de afecto y de fidelidad había recibido, se proponía olvidar todos los actos cometidos du-

rante la última revolución, pero que se había llevado á cabo *una traición de que no había ejemplo en los fastos del mundo*; que esta traición había hecho correr la sangre de los franceses, atraído por segunda vez los extranjeros al corazón del país, y que *la dignidad del trono, el interés de la Francia y el reposo de la Europa* no permitían que quedase impune, razón por la cual los culpables de esta horrible trama, serían *designados por las cámaras á la venganza de las leyes*, y la justicia pronunciaría su fallo.

Esta declaración estaba firmada por Luis XVIII y por Mr. de Talleyrand, conteniendo, como se ve, las ideas que en aquellos momentos se hallaban más en auge. Los moderados confesaban las torpezas que habían cometido, prometían el sostenimiento de la Carta y daban garantía á los poseedores de bienes nacionales; el prudente Wellington introducía en ella la unidad del ministerio, y los emigrados puros hablaban de su venganza contra los supuestos autores de la conspiración de la isla de Elba, que no había consistido más que en las torpezas del gobierno real y en la habilidad de Napoleón para aprovecharse de ellas.

Estos dos sucesos de la partida de Napoleón y de la llegada de Luis XVIII con su declaración debían simplificar muchísimo la tarea del duque de Wellington y de los negociadores del armisticio. Éstos anunciaron al duque la partida de Napoleón, y desde entonces no era posible exigir la entrega de su persona. El duque de Wellington abordó acto continuo la cuestión de la dinastía que debía reemplazar á la de los Bonaparte. La transmisión de la corona á Napoleón II no le pareció cuestión digna de ser tomada en cuenta, y se ocupó únicamente de la idea emitida relativa á la substitución de Luis XVIII por otro príncipe de la familia de Borbón. Sin designar á ninguno de ellos, sostuvo que era mejor para el reposo de la Europa y de la Francia un monarca cuyos derechos no pudiesen ser disputados, que no un príncipe llamado al trono por otro medio que no fuese la sucesión regular; que este príncipe no podría estar tranquilo, y por lo tanto se mostraría emprendedor, inclinado á acometer acciones brillantes, y que esta disposición no era apetecible ni aun para la Francia, cuya política carecería con este motivo de la prudencia y de la calma necesarias.

Además declaró, especificando bien que no tenía ninguna instrucción precisa respecto de este particular, que en su concepto no sería aceptada semejante combinación; añadiendo que en todo caso, si la Francia quería absolutamente á Napoleón II ó á otro miembro de la familia de Borbón que no fuese Luis XVIII, se vería la Europa obligada á exigir garantías mayores; por ejemplo, la ocupación de algunas plazas fuertes. Esto era excluir de una manera indirecta, pero positiva, cualquiera otra elección que la de Luis XVIII. El duque de Wellington les mostró en seguida la declaración de Cambray, y les dió á conocer cuanto tenía de ventajoso como pudiera haberlo hecho el inglés más versado en el sistema de la monarquía constitucional. Los representantes del gobierno provisional sólo opusieron dos objeciones, relativas una á la restricción que se intentaba introducir en el olvido general de los actos y de las opiniones, y la otra á la convocación de las cámaras. Respecto de la restricción temían que se aplicase á los regi-

cidas, y como todo el mundo, estaban tan persuadidos de que había existido una conspiración para devolver el trono á Napoleón, que ni siquiera se atrevían á sostener que quedasen sin castigo los autores de esta conspiración. No podían figurarse que so pretexto de castigar una conspiración que sólo había existido en la exaltada imaginación de los realistas, llegaría á derramarse la sangre más ilustre y más heroica; y se contentaron con la explicación que el duque de Wellington les dió respecto de los regicidas, los cuales, decía, se hallaban tan poco amenazados, que el rey había querido y quería aún nombrar ministro á Mr. Fouché. El general inglés abrigaba relativamente á esta cuestión un pensamiento oculto que no era digno de su carácter leal y sensato. Hasta cierto punto abrigaba las ideas de venganza de los realistas, no movido como ellos por un odio insensato, sino por un cálculo muy generalizado entre los jefes de la coalición, los que estaban irritados contra el ejército francés porque le creían culpable de la conspiración pasada, temiendo además que reincidiese, y juzgaban muy útil intimidarle con algunos ejemplos ruidosos.

La segunda objeción de los comisarios era relativa á la reunión de las cámaras. La declaración de Cambray parecía anunciar, al decir que se les encargaría designar los culpables que deberían ser exceptuados del olvido general, parecía anunciar, repetimos, la convocación de nuevas cámaras, y ellos deseaban que se conservasen las existentes, como se había hecho en 1814, porque esto era en su concepto disponerlas en favor de los Borbones. El duque de Wellington acogió como dignas de atención las dos objeciones de los comisarios, y se comprometió á escribir á Mr. de Talleyrand para obtener una nueva redacción que precisase más lo que se entendía por culpables, y que al prometer la convocación de las cámaras se explicase de un modo que no excluyese la posibilidad de conservar las que por entonces funcionaban.

Discutidos estos puntos, el duque de Wellington declaró que no accedería al armisticio si no se alejaba de París el ejército francés, si no se recibía á los ejércitos inglés y prusiano por lo menos en los puestos exteriores, y si no se confiaba el servicio interior de la capital á la milicia nacional, bajo la protección de la cual se realizarían en seguida los acontecimientos políticos que se deseaban. Sin explicarse categóricamente sobre el modo con que debería operarse el cambio de gobierno, el duque de Wellington quería que las tropas extranjeras tuviesen en ello, por lo menos en la apariencia, la menor parte posible, y una vez retirado el ejército francés al lado opuesto del Loira, no admitía más intervención que la de la milicia nacional de París. Efectivamente, con toda la autoridad de su carácter y de su posición, dijo al fogoso Blücher que era preciso saber dejar á un lado la vanagloria de entrar triunfantes en la capital enemiga y preferir el resultado útil al resultado lisonjero; que no estaban seguros de conseguir apoderarse de París á viva fuerza; pero aunque lo lograsen, esto sería humillar á la Francia, comprometiendo el porvenir de un gobierno cuya duración interesaba á todo el mundo, y que valía cien veces más asistir desde las afueras de París á una revolución pacífica llevada á cabo por la milicia nacional, que operar esta revolución por sí y después de un asalto.